



Título: *Geología inefable II* (fragmento), de Nancy Viridiana Valdéz Ramírez

Familiarizar la lectura¹

Evelia María Botana Montenegro
Universidad Veracruzana

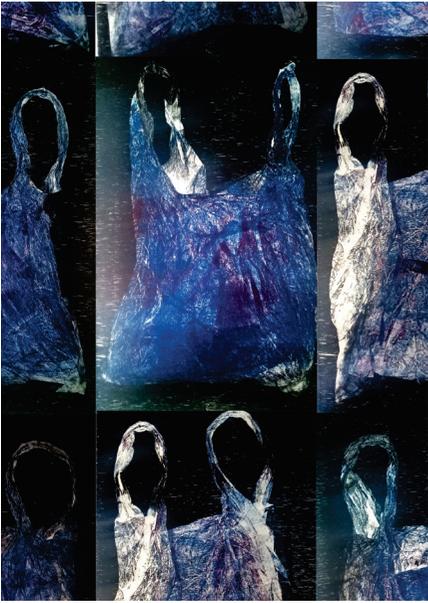
Resumen

El presente trabajo trata sobre el papel de la familia y el sistema escolar en la adquisición del hábito lector. Tradicionalmente se suponía que la promoción de la lectura era una actividad propia del ámbito escolar, pero los bajos índices de lectura que observamos en América Latina y específicamente en México, desmienten la validez de dicha hipótesis. Estas reflexiones enfatizan la corresponsabilidad de ambas instancias para lograr que los nuevos lectores se familiaricen con libros y lectura, incorporándolos a la vida cotidiana.

Palabras clave

Familia, escuela y hábitos de lectura.

¹ El presente texto fue presentado originalmente en una primera versión en el Segundo *Encuentro de Investigación y Promoción de la Lectura en México*, que se llevó a cabo los días 7, 8 y 9 de junio de 2007 en la ex hacienda de Nogueras, ubicada en Comala, Colima.



Título: Registro de objetos oblicuos del antropoceno (fragmento), de Nancy Viridiana Valdéz Ramírez

Making Reading Familiar

Abstract

This paper deals about the role of family and the school system in the acquisition of the reading habit. Traditionally, it was assumed that the reading promotion was a specific activity of the school sphere but the low levels of reading that we observe in Latin America and specifically in Mexico, denies the validity of such hypotheses. These reflections emphasize the joint responsibility of both instances in order to make the readers familiar with books and reading, incorporating them into daily life.

Keywords

Family, school, and reading habits.

¿Qué papel juega la familia en el proceso de la lectura? Dado que la familia es el ambiente que nos acoge desde antes de nacer, donde crecemos y nos desarrollamos y que hace posible nuestra existencia; creo que tiene un papel protagónico, no sólo en la lectura sino en cualquier actividad que emprendan sus miembros, sea para estimularla o desalentarla.

Cuando el niño llega al preescolar y luego a la educación primaria, ya ha pasado algunos de los momentos más importantes —tal vez los más determinantes de su vida— junto a sus padres y hermanos, o dónde y con quiénes sus circunstancias le hayan colocado. Con suerte inicia el proceso escolar de aprender a leer y escribir con una larga etapa de aprendizaje informal que culminará con la obtención de la lectoescritura. El inicio de la educación primaria trae consigo la experiencia de años en los que recibió las enseñanzas iniciales de sus familiares y que absorbió espontáneamente en la naturalidad de la convivencia cotidiana, a través del ejemplo que sigue valiendo más que todos los discursos del mundo. En muchos casos —los mejores—, puede iniciar su instrucción formal después de haber disfrutado de arrullos, juegos ritmados y cantados; algún juego reglado que incluye una canción, adivinanzas, retahílas; cuentos de hadas, de miedo, de nunca acabar y de mentiras, y cuanta otra flor de la tradición oral y la lírica popular infantil hayan podido acercarle sus padres, abuelos, tíos, hermanos, vecinos y demás componentes de su clan de pertenencia. En gran medida, estas intervenciones literarias tempranas, en el sentido amplio de la palabra literatura, nos proporcionan nuestras señas de identidad, nos dicen quiénes somos, de quiénes venimos y cuál es nuestro lugar en el mundo.

Hasta aquí todo iba muy bien, pero suele darse que cuando entran a la escuela *algo* pasa; hay una especie de involución: aquellas lecturas que otros hacían para él o la menor evocándole mundos y maravillas, de pronto se transforman en una actividad forzosa, aburrida y odiosa. Tenía familiaridad con la lectura y, de pronto, esa confianza se pierde porque la lectura se *escolariza*. El maestro, que debe cumplir con un programa en tiempo y forma, pretende que el niño o niña se aplique al conocimiento y reproducción de grafías y sonidos, que ejercite y domine lo más fino de su motricidad, que



los dedos infantiles se complementen con un lápiz, una pluma o artillugio similar y que el cuaderno donde practica esté presentable para el caso de una inspección sin previo aviso. Por si fuera poco, el escolar se topa con una serie de dificultades propias de nuestro idioma, a saber, la S, la C y la Z, que a veces suenan igual y a veces no; la G, áspera o suave, según con que vocal se junte, y con o sin unos puntitos que también le cambian el sonido; la R, suave o fuerte; la Q, que tiene que ir junto a la U; la H, que es muda pero así y todo hay que ponerla. En fin, que no es nada sencillo desentrañar signos ni ingresar a este mundo complejo y reglado.

Además de que escriba, padres, madres y docentes esperan que el o la menor lea correctamente y a corto plazo, a pesar de que como todos sabemos, pronto y bien no hay quién. La acción de leer conlleva pronunciar, entonar, puntuar y entender; vale decir que el educando trata de cubrir todos estos aspectos a la vez, que ya ni se acuerda del encanto que sentía por la lectura que otros le hacían. La situación puede agravarse en el caso de que los libros de texto no se adecuen a sus intereses y necesidades. Es común y normal que se aterre ante las dificultades de la lectoescritura y efectúe un aparente retroceso que —en la mayoría de los casos— es sólo una manera de tomar impulso para seguir avanzando, como si bajara un peldaño hasta sentir seguridad de que podrá subir al próximo sin sentir vértigo. Parece que a las personas adultas, de tanto andar rumiando varios problemas a la vez, se nos olvida cuán difícil nos fue también aquella época del aprendizaje, cuando nos iniciamos en la comprensión de un código nuevo.

En torno a la adquisición de la lectoescritura, a la alfabetización que inicia con la escuela primaria, hay mucha expectativa familiar: “Ya eres grande”, “ahora que ya vas a saber leer y escribir”, “muéstrale a tu madrina cómo lees”, son sólo algunas de las expresiones con que la familia muestra su complacencia por el logro su menor. No hay más que oír el orgulloso comentario: “Juanito/Lupita ya lee y escribe”, un trofeo que los padres y madres de familia exhiben sin el menor recato, ante el silencio incómodo de quienes sus menores tienen un proceso más lento, porque en la lectura —como en todo— hay quienes van por la vía rápida y quienes prefieren dar un rodeo, o un paseo, antes de llegar.

Vivimos en una sociedad en la que cuenta más el resultado que el proceso empleado; por ello, en contrapartida, también se escuchan comentarios como: “Éste nos salió burrito/burrita)” “No sé qué le pasa, ya está casi al final de primer año y no es capaz de leer y escribir”; “Aprende a tu hermano/hermana que cuando entró a primer año ya sabía leer tantito”. A veces, los adultos desquitamos con los niños nuestras propias limitaciones, algo así como cobrarle una deuda a quien nada nos debe.

Es común observar que quienes hasta ese momento pedían que les leyeran un cuento o tenían la paciencia de escuchar una historia larga fragmentada en varias sesiones, parecen perder el interés por la lectura porque, entrar en posesión del código escrito, implica una serie de pasos más o menos arduos y aburridos, sea cual fuere el método empleado y el humor del o la docente. Las queridas palabras se pierden de vista y se atomizan en sílabas; peor aún, en letras sueltas con peculiaridades nunca imaginadas al oír la lengua hablada. Como dije antes, leer unos pocos renglones de un cuento representa un esfuerzo considerable, hay que poner atención a la pronunciación de las vocales, a la claridad de las consonantes, a la puntuación, a la entonación, si es pregunta, si es exclamación... lo que dice en el papel pasa a ser secundario, y no es raro ver un niño o niña en situación de lectura con su cuerpecito en extrema tensión, sudando a mares y al borde del llanto. Es complicado dedicar tanto tiempo para leer unos pocos renglones, cuando podrían estar jugando tan ricamente o mirando la televisión, que se los da todo servido y hasta masticado y digerido. El grupo escolar debe leer las lecturas del libro de texto, cuyos temas no siempre coinciden con los intereses del estudiantado y, por si esto fuera poco, el cielo infantil se ensombrece aún más con la repetición de planas y trabajos de copia, de dudosa utilidad, por lo menos en cuanto a la obtención de la habilidad y a la formación del hábito lector.

Para completar estas observaciones sobre el papel de la familia en cuanto a la lectura, pienso que le toca estimular y ser paciente, tanto en este proceso de desentrañar la lengua escrita como en cualquier otro de los momentos iniciáticos por los que atraviesan sus miembros. Hay quienes depositan a su pequeño o pequeña en la escuela con la errónea idea de que allí los van a educar, y dejan



el paquete completo en manos del profesorado, cuando por pura fórmula matemática se podría considerar entre cuántos niños debe repartir su atención. Si la familia no apoya al niño o niña ¿quién podrá salvarle? Por supuesto que todos aprendemos cuando estamos maduros para hacerlo; recordemos el viejo adagio de que “el niño aprende a pesar del maestro”, y creo que también a pesar de la familia, porque aprendemos cuando estamos en condiciones para hacerlo. Será que, como aseguran que dicen los chinos: “Cuando el discípulo está listo, aparece el maestro”. En el caso de la lectura, empezamos a leer con sentido y utilidad cuando después de tantos años de visualizar palabras y frases rinden sus frutos y podemos relacionar signifiante con significado, y también leemos cuando comprendemos que las palabras escritas son el vehículo de ideas e imágenes que queremos poseer. Muchas personas que sólo leyeron por necesidad en su infancia y juventud, descubren la lectura gustosa en su etapa adulta y llegan a adquirir el hábito de leer cuando ya no tienen que preocuparse por la parte operativa de la lectura. También es cierto que cada quien deviene lo que es y que quien va a ser lector, lo será contra viento y marea, pero un poco de estímulo familiar no creo que haga daño.

Se me ocurre establecer una similitud entre la lectura y la alimentación, porque dentro de la familia es donde aprendemos a comer, donde probamos sabores nuevos y donde se forma o deforma el gusto. Si queremos que un infante aprecie las bondades de frutas y verduras, será más productivo compartir con él estos alimentos en el menú cotidiano y dejar a su alcance una canasta con frutas de temporada que cansarlo con pláticas sobre nutrición y vitaminas.

A lo largo de estas páginas, he usado la expresión “estar (o no) familiarizado con la lectura”. De la palabra *familiar*, entre otras acepciones, el diccionario Larousse registra “Trato frecuente y de confianza”, explicación que viene como anillo al dedo para precisar lo que entiendo por familiarizar la lectura. Para disfrutarla y promoverla debemos tener trato frecuente y de confianza con los libros, en la mayor cantidad de escenarios y situaciones en que se pueda: en la casa, en la escuela y en la biblioteca pública; durante el período lectivo y en las vacaciones. Si el único libro que hemos tenido a la

mano ha sido el de la primaria, que aún reparte el gobierno federal, en realidad no podemos hablar de trato frecuente y de confianza, y nuestra imagen del libro quedará fuertemente asociada a la lectura obligatoria, necesaria para ya ir pasando de grado.

Ya me referí a familiarizar la lectura, ahora añadiré que, complementariamente, María Moliner (1966-1967) en su *Diccionario de uso del español* dice que *familiarizarse* es llegar a tener y manejar cierta cosa como familiar; es decir, como cosa conocida y nada extraña. La escuela todo lo escolariza y adolece de un acendrado didactismo; tiene la manía de que todo ha de servir para enseñar algo pero, aun así tiene un gran potencial por desarrollar y debería también promover la familiarización de niños, niñas y jóvenes con la lectura. Para ello, los primeros que tendrían que familiarizarse con los libros serían los propios maestros, porque malamente podrá inculcarse en otros el gusto por lo que uno mismo desconoce y, salvo mejor opinión, la escuela pública mexicana se limita, en materia de lecturas, a las que vienen en los libros de texto gratuitos y paremos de contar. No es que los libros de texto gratuitos estén mal, pero no son material suficiente para hacer que alguien se enamore de los libros, porque, como bien dicen, de la vista nace el amor.

Pasando al punto de la libertad o la obligación de leer en familia, creo que la libertad es lo que debería llegar a todas partes, debería colmarlo todo, claro que estoy pensando en un entorno idílico que quién sabe si exista hoy por hoy. Supongo que la situación familiar de los adultos que hoy teorizamos sobre lectura y afines; fue muy diferente de la que es común a la mayoría de los niños actuales. Supongo también que tuvimos algún tipo de estímulo para convertirnos en los lectores habituales que hemos llegado a ser; tal vez el estímulo fue que en aquel entonces los libros no tenían los variados y atractivos competidores que tienen hoy en día, por eso hasta se me antoja algo ocioso darle tantas vueltas a este asunto cuando entre nosotros no hay necesidad de convencer a nadie.

Hasta no hace muchos años, la lectura era prácticamente la única forma de acceder al conocimiento; la educación era todavía una garantía de un futuro mejor, de lograr prosperidad económica, de ascender socialmente y elevar el prestigio de la familia, situación que parece haber pasado a la historia. Los libros eran objeto de po-



der, un arma para defenderse de las ofensas de la vida, como diría Cesare Pavese (2001), una herramienta para trabajar, el vehículo de ideas nuevas y progresistas y un símbolo de los anhelos humanos, por lo cual la lectura era vista como un derecho a ejercer, una oportunidad de la que muchos nos apropiábamos con entusiasmo. Pensándolo bien, los libros siguen siendo un objeto de poder, por eso su campo de acción se ha venido restringiendo a la parte angosta de la pirámide social, mientras que, según los poderosos dueños de todo, nos hacen creer que la televisión *educa y entretiene* a los incontables miembros de la cada vez más ancha base piramidal. Para la inmensa mayoría de la población mundial, incluyendo a México, el libro sigue siendo un objeto suntuario, considerado, en el mejor de los casos, necesario para cumplir con la obligación escolar, no con la libertad, el descanso y los gustos personales.

Hay quien dice que la educación es la clave para el desarrollo de las naciones y de los individuos. ¿Será cierto? Todo ha cambiado, peor aún, ¡todo es tan cambiante! La educación, obtenida a través de la lectura, ya no es *la garantía* que solía ser y, para que surta los efectos deseados, debe ir acompañada de sus correspondientes amistades y compadrazgos, que todo eso ayuda. Me vienen a la memoria las teorías que formuló el sabio griego Arquímedes sobre las virtudes de la palanca para mover el mundo, aunque tal vez no se refería a esto.

Un comentario más sobre la libertad y la obligación de leer en familia. Creo que si como formadores nos interesa fomentar descendencia lectora, la libertad no sólo es necesaria sino imprescindible, porque podremos estimular, influir, inducir, facilitar, proveer, entusiasmar pero obligar o dirigir las lecturas dentro de un índice de cánones estrechos, sean cuales fueren, no haría más que provocar la actitud contraria y los libros se quedarían durmiendo el sueño de los justos, mientras que los menores se atarantan con más de las cuatro horas diarias de televisión que revelan las encuestas sobre el tema. Como dije antes, si damos el ejemplo, si en la casa se habla de libros, si la compra de un libro en especial es motivo de alegría, si los libros son un regalo acostumbrado y esperado, si tenemos credencial de alguna biblioteca y la hacemos extensiva a los demás miembros de la familia, si de vez en cuando visitamos una feria del libro y no sólo

hablamos de lo bueno que es leer, de lo requetebueno que es que se comience a temprana edad y si entre las amistades de la casa circulan libros en calidad de préstamo, entonces podemos decir que en esa familia hay un ambiente propicio para la formación de posibles lectores, y digo posibles porque lo único seguro en esta vida es la muerte.

Tal vez podría hablarse de la obligación de leer en familia cuando el niño o niña requiere de apoyo para cumplir con sus deberes escolares; de ahí en fuera no me parece benéfico unir lectura con obligación. Sin embargo, es importante que de manera crítica y selectiva, según sus valores y principios, se ejerza un control saludable sobre las lecturas, en el sentido más amplio de la palabra lectura, vale decir sobre lo que leen y lo que miran hasta que tengan la edad y el criterio suficientes para escoger su propio material de lectura.

¿Qué prácticas pueden realizarse en familia para fomentar la lectura? Aunque ya lo mencioné antes, vuelvo a la carga con lo mismo: se aprende, bien o mal, con el ejemplo y si en el hogar se ve a sus padres leer habitualmente y con gusto, apreciará esta actividad, se respetará a los libros y se hallará placer en compartir este hábito. Como responsables de familia, podemos desarrollar actividades como leerles a nuestros hijos desde mucho antes que ellos puedan hacerlo. Probablemente, las primeras lecturas que les hagamos sean descripciones y comentarios de ilustraciones de libros infantiles, después vendrán textos breves referentes a situaciones que le sean conocidas y, poco a poco, las narraciones irán ganando en riqueza y complejidad, habrá más personajes y las tramas podrán complicarse con múltiples acciones y variadas peripecias. Será necesario organizarse para disponer de un espacio y un tiempo adecuados para leerle; generalmente, un buen momento es por la noche, antes de dormir; para el adulto es un rato de descanso creativo que le permitirá relajarse y comunicarse con su menor antes de irse a la cama; para el niño o niña es una oportunidad agradable de estar calmadamente junto a sus padres, de recibir la atención y el afecto paternos sin las interrupciones que podrían ocurrir durante las actividades diurnas. El nombrado *cuento de las buenas noches* es una rutina tranquilizadora, una muestra de cariño y un regalo al final de la jornada. De ser posible, es importante que los dos progenitores



participen; después, cuando ya pueda leer, podrán alternarse los roles y se le invita: “Ahora tú me lees a mí”, cuya situación el adulto podrá aprovechar para apoyar, corregir con suavidad y estimular elogiando lo bien que su pequeño lee. Hay que considerar que si esta es una actividad nueva en el contexto familiar, habrá que tener paciencia, porque las cosas no se logran a la primera y cualquier cambio en la rutina requiere de un tiempo más o menos largo de acostumbramiento. Se deberá tener en cuenta que, a través de los materiales impresos, accedemos a una forma de lectura que no es la única; no es bueno obcecarse con que “libros sí, internet no”, porque podría ser hasta contraproducente. Es preferible tener una postura incluyente con respecto a otras formas de lectura tecnificadas, como en la pantalla de la computadora y otros artilugios por el estilo; también en estos aspectos es importante respetar los gustos y aversiones de sus menores y escuchar sus opiniones.

Aun cuando ya pueda leer, de todos modos habrá ocasiones en que todavía pida que le lean, por el placer que encuentra en esta actividad compartida. Esta será una buena señal de aceptación de la lectura y no debe rechazarse con un “no seas flojo, ya sabes leer”, puesto que por su naturaleza inquieta, pueden combinar la lectura con algo tranquilo como el dibujo; pero modelar, dramatizar o cualquier otra actividad que implique mayor despliegue físico debe ser posterior a la lectura, ya que *le robarían cámara* —como suele decirse— y atención. No hay que obligarle a leer ni, tampoco estar corrigiendo a cada momento; leer y leer es lo que hace al lector, y perseverar es más importante que cometer errores. Finalmente, recordemos cuán odiosas son las comparaciones, la lectura no debe transformarse en una competencia entre hermanos o compañeros de clase.

Una actividad que cualquier persona lectora de buena voluntad puede realizar es leerle en voz alta a su familia. Por el solo hecho de realizarse en conjunto, esta actividad es un momento compartido que implica una comunidad de ideas, sentimientos y valores, ya que provoca comentarios y opiniones. Cuando se lleva a cabo de manera entusiasta, puede que otros miembros de la familia, contagiados del mismo gusto, quieran reproducirla en el ámbito hogareño, rebasándolo incluso para compartir las lecturas con amistades o vecinos.

Esta actividad puede extenderse hasta el ámbito escolar, espontánea y esporádicamente, o de manera organizada; se me ocurre el ejemplo de los contadores de cuentos: cuentacuentos o cuenteros, personas de todas las edades que colaboran voluntariamente con jardines de niños, escuelas, hospitales, asilos, albergues, cárceles y diversas instancias dedicadas a la educación, la prevención y, en general, al bienestar social. De esta manera, la familia será un centro que irradie familiaridad con libros y otros materiales de lectura y, entonces, entre personas y lectura podrá crearse una relación duradera y entrañable, útil y placentera, como en las mejores familias.

Referencias bibliográficas

- Argüelles, J.D. (2003). *¿Qué leen los que no leen? El poder inmaterial de la literatura, la tradición literaria y el hábito de leer*. México: Paidós.
- Bettelheim, B. y Zelan, K. (1983). *Aprender a leer*. Barcelona: Grijalbo.
- Castorina, J.A.; Ferreiro, E.; Goldin, D. y Torres, R.M. (1999). *Cultura escrita y educación. Conversaciones con Emilia Ferreir O*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Eco, U. (2007). ¿De qué sirve un profesor? Artículo publicado en la edición impresa de *La Nación*, Buenos Aires, el lunes 21 de mayo.
- Eco, U. (1981). *Lector in fabula*. España: Ediciones Lumen.
- Ferreiro, E. (2003). *Nuevas lecturas, nuevos lectores*. Tomado de la conferencia pronunciada en el I Encuentro de Promotores de la Lectura, celebrado en el marco de la XVII Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México.
- García Márquez, Gabriel (1984). La poesía al alcance de los niños. En: *Notas de prensa*. 2ª edición. Colombia: Editorial Norma.
- Garrido, F. (1989). *Cómo leer (mejor) en voz alta. Una guía para contagiar la afición a leer*. México: Fundación Mexicana para el Fomento a la Lectura.
- Moliner, M. (2016 [1966-1967]). *Diccionario de uso del español*. 4ª. Ed. España: Gredos.
- Morales, Ó.A.; Rincón G., Á.G. y Tona Romero, J. (2005). Consideraciones pedagógicas para la promoción de la lectura dentro y fuera de la escuela. *Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales*, 10, enero-diciembre. Mérida, Venezuela.
- Pavese, C. (2001). *El oficio de vivir*. España: Seix Barral.
- Pennac, D. (2002). *Como una novela*. Colombia: Editorial Norma.
- Petit, M. (1999). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.

**Interpretextos**

26/Otoño de 2021, pp. 165-176

Reyes, Y. (1999). Nidos para la lectura: El papel de los padres en la formación de lectores. Conferencia dictada en el Seminario Internacional de Animación a la Lectura y Literatura Infantil y Juvenil, 18 y 19 de febrero de 1999. Publicado en *La Jornada*. Anzuelos para pescar Lectores, evento patrocinado por la Biblioteca "Luis Ángel Arango", la Biblioteca Nacional y la Cooperativa Editorial Magisterio, Colombia.

Recepción: Mayo 20 de 2020**Aceptación:** Diciembre 9 de 2020**Evelia María Botana Montenegro**

Correo electrónico: evelia.botana@gmail.com

Mexicana, reside en Xalapa, Veracruz. Maestra en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana. Adscrita a la Contraloría General de la Universidad Veracruzana como redactora y correctora de textos.